

The background of the cover is a complex, abstract pattern. It features a dense field of small, semi-transparent triangles in various shades of red, pink, and white, scattered across a dark, textured surface. Overlaid on this are numerous thin, black, curved lines that create a sense of motion and depth, resembling a stylized, futuristic landscape or a digital environment. The overall aesthetic is high-tech and visually busy.

# VERMILION SANDS

**J. G. BALLARD**

Ballard intentó en esta obra transmitir su impresión de cómo sería el futuro, y llegó a la conclusión de que éste se parecería a *Vermilion Sands*: un lugar donde el trabajo será el último juego, y el juego el último trabajo... Una playa de verano, pero no hace falta decir que no hay allí ningún mar. La playa se extiende sin interrupción en todas direcciones, mezclándose con las playas vecinas, extensiones de las mentes crepusculares de sus habitantes.

## Presentación

Cuando el autor británico J. G. Ballard propugnó la necesidad de que la *SF* se ocupara menos del espacio exterior y más del «espacio interior» del hombre, e incorporó a su singular narrativa diversos conceptos freudianos, así como la teoría del inconsciente colectivo y los arquetipos de Jung, se habló de que la *SF* había descubierto la psicología.

Sin embargo, aunque no de una forma tan deliberada y explícita como en el caso de Ballard, la *SF* casi siempre ha conllevado una importante preocupación psicológica. Y eso, a pesar de que a menudo —como gustan de repetir los detractores del género— sus personajes carecen de «auténtica dimensión humana».

La explicación de esta paradoja estriba, por una parte, en que la *SF* es, en gran medida, una literatura simbólica, y, por otra, en su básica preocupación por los efectos que en el hombre y la sociedad pueda causar el progreso tecnológico, preocupación que implica necesariamente consideraciones psicosociológicas generales, independientemente de que los personajes estén más o menos individualizados.

En *Vermilion Sands* la preocupación psicológica, totalmente deliberada, se plasma en imágenes de una belleza y una sugestión difícilmente igualables, imágenes hechas de la inestable materia de los sueños, en un mundo donde la nostalgia es un paisaje ondulado y la soledad un barco que navega por la arena.

El autor británico J. G. Ballard constituye, tanto por su estilo como por su temática, un caso aparte dentro de la

*SF*. Influido por el surrealismo y, sobre todo, por la psicología junguiana, los regresivos ámbitos descritos por Ballard, a los que dota de un extraordinario poder de evocación, son en realidad estados de ánimo, paisajes íntimos donde las sombras del inconsciente vagan como huidizos fantasmas.

El propio Ballard ha descrito *Vermilion Sands* como «la zona donde se encuentran y funden el mundo exterior de la realidad y el mundo interior del espíritu».

Carlo Frabetti

## Prefacio

Vermilion Sands es como yo imagino que será el futuro. Por una curiosa paradoja casi toda la ciencia ficción, aunque esté muy alejada en el espacio y en el tiempo, se refiere en realidad al presente. Muy pocas veces se ha intentado imaginar un futuro único e independiente que no nos ofrezca advertencias. Quizás a causa de ese tono aleccionador, tantos futuros imaginarios son zonas totalmente lúgubres. Hasta los cielos de esa ciencia ficción son como los infiernos de otra gente.

Por contraste, Vermilion Sands es un sitio donde yo viviría feliz. Una vez describí ese balneario desértico e hiperiluminado como un suburbio exótico de mi mente, y algo de la palabra «suburbio» —que entonces utilicé en un sentido peyorativo— me convence ahora de que andaba por el buen camino en mi búsqueda del día de pasado mañana. Mientras el campo desaparece bajo el abono de productos químicos y las ciudades sirven apenas de contexto urbano para cruces de tránsito, empiezan por fin a hacer valer sus méritos los suburbios. Los cielos son más amplios; el aire, más generoso; el reloj, menos urgente. Vermilion Sands tiene más que su cuota de sueños e ilusiones, miedos y fantasías, pero en un marco menos limitado. Además me gusta pensar que celebra las descuidadas virtudes de lo cursi, lo extravagante y lo grotesco.

¿Dónde está Vermilion Sands? Supongo que su hogar espiritual se encuentra en algún sitio entre Arizona y la playa de Ipanema, pero en años recientes me ha encantado ver cómo irrumpe en otras partes: ante todo en segmentos

de la ciudad lineal de casi cinco mil kilómetros de largo que se extiende por las costas norteñas del mar Mediterráneo, desde Gibraltar hasta la playa de Glyfada, y donde Europa se tiende boca arriba, al sol, todos los veranos. Esa postura es, desde luego, el distintivo de Vermilion Sands y, espero, del futuro: no sólo que nadie tiene que trabajar, sino que el trabajo es el juego último, y el juego, el trabajo último. El más antiguo de estos relatos, *Prima Belladonna*, fue el primer cuento que publiqué, hace diecisiete años, y desde entonces, notablemente, la imagen de ese balneario desértico no ha variado. Espero con optimismo que se materialice a mi alrededor.

**J. G. Ballard, 1973**

## Los escultores de nubes de Coral D

Durante todo el verano los escultores de nubes venían de Vermilion Sands y volaban con sus planeadores pintados por encima de las torres de coral que se levantaban como pagodas blancas al lado de la carretera de Lagoon West. La torre más alta era Coral D, y allí un montón de cúmulos blancos, parecidos a cisnes, dominaba el aire que subía de los arrecifes de arena. Alzados por los hombros del aire sobre la corona de Coral D, tallábamos caballos marinos y unicornios, retratos de presidentes y de estrellas de cine, lagartos y pájaros exóticos. Mientras la gente miraba desde los coches, caía sobre los techos polvorientos una lluvia fresca, lágrimas de las nubes esculpidas que navegaban atravesando el suelo del desierto hacia el sol.

De todas las esculturas de nubes que habríamos de tallar, las más extrañas fueron las de Leonora Chanel. Al recordar esa tarde del último verano, cuando apareció ella en su limusina blanca para mirar a los escultores de nubes de Coral D, sé que casi no nos dimos cuenta de la seriedad con que esa mujer hermosa pero demente observaba las esculturas que flotaban por encima de ella en ese cielo sereno. Más tarde sus retratos, tallados en el torbellino, llorarían lágrimas de tormenta sobre los cadáveres de los escultores.

Yo había llegado a Vermilion Sands hacía tres meses. Piloto retirado, me estaba acostumbrando a una pierna rota y a la perspectiva de no volar nunca más. Un día fui en coche

al desierto, y me detuve cerca de las torres de coral en la carretera de Lagoon West. Mientras contemplaba esas inmensas pagodas varadas en el lecho del mar fósil, oí una música que salía de un arrecife de arena, a unos doscientos metros de distancia. Balanceándome sobre las muletas atravesé la arena resbaladiza, y encontré entre las dunas una cuenca poco profunda donde unas estatuas sónicas se habían echado a perder al lado de un estudio en ruinas. El propietario se había ido, abandonando el edificio parecido a un hangar a las rayas de arena y al desierto, y obedeciendo a un impulso vago comencé a visitar ese lugar todas las tardes. Con los tornos y las vigas que habían quedado construí las primeras cometas gigantes, y luego planeadores con cabina. Atados con cables, flotaban allí arriba en el aire de la tarde como cifras amistosas.

Un anochecer, mientras enrollaba los cables de los planeadores con el cabrestante, se desató un ventarrón sobre la cresta de Coral D. Me esforzaba por sujetar la manija enloquecida, tratando de anclar las muletas en la arena, cuando se acercaron por el suelo del desierto dos figuras. Una era un jorobado pequeño, de ojos infantiles demasiado brillantes y mandíbula deforme, torcida hacia un lado como la lengüeta de un ancla, que se escabulló hasta el cabrestante, apartándome de un empujón con hombros fuertes, e hizo bajar los andrajosos planeadores hasta el suelo. Me ayudó a ponerme las muletas y espío en el hangar, donde tomaba forma mi planeador más ambicioso hasta el momento, no una cometa sino un avión velero con elevadores y cuerdas de control.

El jorobado abrió una mano grande sobre el pecho.

—Petit Manuel... acróbata y levantador de pesas. ¡Nolan! —vociferó—. ¡Mira esto! —Su compañero estaba en cuclillas al lado de las estatuas sónicas, retorciéndoles las hélices para que sonaran mejor las voces—. Nolan es un artista —me confió el jorobado—. Le fabricará planeadores como cóndores.

El hombre alto caminaba entre los planeadores, tocándoles las alas con manos de escultor. Tenía ojos malhumorados en un rostro de boxeador aburrido. Echó una mirada a mi pierna enyesada y a mi descolorida chaqueta de aviador, y señaló los planeadores.

—Les ha puesto cabinas, comandante —en la observación había una total comprensión de mis motivos; señaló las torres de coral que subían a nuestro lado hacia el cielo del anochecer—. Con yoduro de plata podríamos tallar las nubes.

El jorobado me hizo una seña alentadora, los ojos encendidos por una astronomía de sueños.

Así se formaron los escultores de nubes de Coral D. Aunque me consideraba uno de ellos, nunca volé en los planeadores, pero les enseñé a volar a Nolan y a Manuel, y más tarde, cuando se unió al grupo, a Charles Van Eyck. Nolan había encontrado a ese pirata rubio de las terrazas en Vermilion Sands, un teutón lacónico de ojos duros y boca débil, y lo había llevado a Coral D cuando terminaba la estación y los turistas prósperos y sus hijas núbiles regresaban a Red Beach.

—Mayor Parker... Charles Van Eyck. Es un cazador de cabezas —comentó Nolan con humor frío—... cabezas de doncellas —a pesar de la incómoda rivalidad que había entre ellos, me di cuenta de que Van Eyck le daría a nuestro grupo una útil dimensión de *glamour*.

Desde el comienzo sospeché que el estudio en el desierto pertenecía a Nolan, y que estábamos todos al servicio de algún capricho personal de ese solitario de pelo negro. Pero en ese momento yo estaba más preocupado por enseñarles a volar: primero con un cable, para dominar los ascendentes movimientos de aire que barrían la cúspide enana de Coral A, la torre más pequeña, luego las pendientes más inclinadas de B y C, y finalmente las poderosas co-

rrientes de Coral D. Un atardecer, cuando yo empezaba a enrollar los cables, Nolan cortó el suyo. El planeador cayó a plomo hacia atrás, picando para empalarse en las agujas de piedra. Me arrojé al suelo mientras el cable azotaba mi coche, destrozando el parabrisas. Cuando levanté la mirada, Nolan volaba alto, planeando en el aire colorido por encima de Coral D. El viento, guardián de las torres de coral, lo llevó entre las islas de cúmulos que velaban la luz del ocaso.

Mientras yo corría hacia el cabrestante se cortó un segundo cable, y el pequeño Manuel cambió de rumbo para unirse a Nolan. Cangrejo feo en el suelo, en el aire el jorobado se transformó en un pájaro de alas inmensas que dejó atrás tanto a Nolan como a Van Eyck. Miré cómo giraban alrededor de las torres de coral y luego aterrizaron juntos en el suelo del desierto, agitando las rayas de arena, que se levantaron como nubes de hollín. Petit Manuel estaba alborozado. Se pavoneó a mi alrededor como un Napoleón de bolsillo, despreciando mi pierna rota, recogiendo puñados de vidrio roto y arrojándolos por encima de la cabeza como quien ofrece al aire ramilletes de flores.

Dos meses más tarde, cuando íbamos en coche hacia Coral D el día que conoceríamos a Leonora Chanel, ya se había perdido parte de ese regocijo inicial. Ahora que había terminado la estación, pocos turistas viajaban a Lagoon West, y a menudo realizábamos nuestras esculturas para la carretera vacía. A veces Nolan se quedaba en el hotel bebiendo solo en la cama, o Van Eyck desaparecía durante varios días con alguna viuda o divorciada, y Petit Manuel y yo salíamos solos.

Sin embargo, esa tarde, cuando íbamos los cuatro en mi coche y vi las nubes esperándonos encima de la aguja de Coral D, se me fue toda la fatiga y la depresión. Diez minutos más tarde los tres planeadores subieron en el aire y los

primeros coches empezaron a detenerse en la carretera. Nolan iba al frente en su planeador de alas negras, trepando por encima de la corona de Coral D, a casi cien metros de altura, mientras Van Eyck iba y venía un poco por debajo, mostrándole la melena rubia a la mujer madura del convertible color topacio. Detrás de ellos volaba el pequeño Manuel, cuyas alas acarameladas resbalaban y batían el aire agitado. Manejaba el aparato con las rodillas torcidas, gritando alegres obscenidades y gesticulando con los brazos enormes fuera de la cabina.

Los tres planeadores, brillantes juguetes pintados, giraron como aves perezosas por encima de Coral D, esperando el paso de las primeras nubes. Van Eyck se alejó para ir al encuentro de una. Flotó rodeando la blanca almohada, rociando los bordes con cristales de yoduro y recortando el tejido que parecía un mechón de lana. Los fragmentos humeantes cayeron hacia nosotros como hielo picado. Mientras las gotas de rocío se condensaban sobre mi cara, vi que Van Eyck daba forma a una inmensa cabeza de caballo. Planeó subiendo y bajando por la larga frente, y esculpió los ojos y las orejas.

Como siempre, la gente que miraba desde los coches parecía disfrutar de ese trozo de mazapán aéreo que voló pasando por encima, empujado por los vientos de Coral D. Van Eyck la siguió, holgazaneando con las alas alrededor de la cabeza equina. Mientras tanto, Petit Manuel trabajaba en la nube siguiente. Mientras le rociaba los costados, apareció entre la niebla que caía una cabeza humana conocida. Manuel caricaturizó en la nube, mediante una serie de hábiles pases, la melena alta y ondulada, la mandíbula fuerte y la boca blanda; mientras salía y entraba en el retrato, las alas casi se tocaban las puntas.

La cabeza blanca y brillante, una inconfundible parodia de Van Eyck en su peor estilo, atravesó la carretera hacia Vermilion Sands. Manuel se deslizó bajando por el aire y

aterrizó detrás de mi coche mientras Van Eyck salía de su cabina con una sonrisa forzada.

Esperamos la tercera demostración. Sobre Coral D se formó una nube que en pocos minutos se desarrolló hasta convertirse en un prístino cúmulo de buen tiempo. Mientras la nube flotaba allí arriba brotó del sol el planeador de alas negras de Nolan y voló alrededor recortándola. El suave vellón cayó hacia nosotros como una lluvia fresca. Salió un grito de uno de los coches. Nolan se deslizó apartándose de la nube, como quitándole con las alas el velo a su obra. Iluminado por el sol de la tarde, apareció el rostro sereno de un niño de tres años. Las mejillas anchas enmarcaban una boca plácida y un mentón rollizo. Mientras una o dos personas aplaudían, Nolan voló sobre la nube y le rizó en el techo cintas y bucles.

Pero yo sabía que todavía faltaba la verdadera culminación. Afectado por algún virus maligno, Nolan parecía incapaz de aceptar su propia obra, y siempre la destruía con el mismo humor frío. Petit Manuel había tirado el cigarrillo, y hasta Van Eyck había dejado de prestar atención a las mujeres de los coches.

Nolan sobrevoló la cara del niño, como un matador que espera el momento de la estocada. Se produjo un minuto de silencio mientras trabajaba en la nube, y entonces alguien, asqueado, cerró de golpe la puerta del coche.

Flotando sobre nosotros estaba la imagen blanca de una calavera.

La cara del niño, transformada por unos pocos toques, había desaparecido, pero en los dientes mellados y en las órbitas abismales, tan grandes que cabría en ellas un coche, veíamos todavía un eco de los rasgos infantiles. El espectro nos pasó por encima; los espectadores arrugaban el ceño mientras miraban esa calavera llorona que les goteaba en la cara.

Sin demasiado ánimo saqué mi viejo casco de piloto del asiento trasero y empecé a pasarlo entre los coches. Dos

de los espectadores arrancaron antes de que yo pudiese llegar a donde estaban. Mientras vacilaba de un lado para otro, preguntándome por qué diablos un oficial de la fuerza aérea, retirado y próspero, tenía que andar tratando de juntar esos pocos dólares, apareció Van Eyck a mis espaldas y me quitó el casco de la mano.

—Ahora no, mayor. Mire lo que llega ahí: mi apocalipsis...

Un Rolls-Royce blanco, conducido por un chofer de librea color crema, se había desviado de la carretera. A través de la ventanilla de comunicación polarizada, una joven con traje diurno de secretaria hablaba con el chofer. Al lado de ella, sosteniendo todavía la correa de la ventanilla con una mano enguantada, una mujer de pelo blanco y ojos enjorjados observaba las alas del planeador que giraba entre las nubes. El rostro fuerte y elegante, encerrado detrás del vidrio oscuro de la limusina, parecía el rostro de una enigmática madona de una gruta marina.

El planeador de Van Eyck subió en el aire, apuntando a la nube que flotaba sobre Coral D. Yo regresé a mi coche, mirando hacia el cielo en busca de Nolan. Allá arriba Van Eyck estaba fabricando una *Mona Lisa* de pastiche, una *Gioconda* de tarjeta postal tan auténtica como una virgen de yeso. La lustrosa terminación relucía en el aire hiperbrillante como si fuese una espuma cosmética esmaltada. Entonces Nolan salió del sol y se zambulló por detrás de Van Eyck. Se le adelantó con el planeador de alas negras, atravesó el pescuezo de la *Gioconda* y con un movimiento de ala derribó la cabeza de mejillas anchas, que cayó hacia los coches. Los rasgos se desintegraron formando un revoltijo flácido, y se derrumbaron entre el vapor pedazos de la nariz y de la mandíbula. De pronto hubo un roce de alas. Van Eyck le disparó con la pistola de espuma a Nolan, y se produjo un desgarramiento de telas. Van Eyck cayó desde el aire, llevando el planeador a un aterrizaje accidentado. Corrí hacia allí.

—Charles, ¿tiene que hacerse el Von Richthofen? ¡Por Dios, no se molesten así!

Van Eyck me echó con un ademán.

—Hable con Nolan, mayor. No soy yo el responsable de esa piratería aérea —desde la cabina miraba los jirones de tela que caían sobre los coches, a su alrededor.

Regresé a mi coche, pensando que había llegado la hora de dispersar a los escultores de nubes de Coral D. A cincuenta metros de distancia, la joven secretaria del Rolls-Royce había bajado del coche y me llamaba por señas. Desde la puerta abierta, su ama me observaba con ojos enjorrocados. El pelo blanco, en un bucle, le caía sobre un hombro como una serpiente nacarada.

Fui con mi casco de piloto hasta donde estaba la joven. Sobre una frente alta se había recogido el pelo castaño en un rodete defensivo, como si deliberadamente escondiese una parte de sí misma. Miró perpleja el casco que yo le tenía.

—No quiero volar... ¿qué busca usted?

—Una gracia —expliqué—. Por el reposo de Miguel Ángel, Ed Keinholz y los escultores de nubes de Coral D.

—Ay, Dios mío. Creo que el único que tiene algo de dinero es el chofer. Oiga, ¿actúan en algún otro lugar?

—¿Actuar? —Dejé de mirar esa joven bonita y agradable y observé la pálida quimera de ojos enjorrocados sentada en el oscuro compartimiento del Rolls; la mujer miraba la figura decapitada de la *Mona Lisa* que se alejaba por encima del desierto hacia Vermilion Sands—. No somos un grupo profesional, como tal vez se haya dado cuenta. Y desde luego necesitaríamos una nube de buen tiempo. ¿Dónde, exactamente?

—En Lagoon West —sacó del bolso una agenda de piel de culebra—. La señorita Chanel está organizando una serie de fiestas en el jardín. Quiere saber si les interesaría actuar. Habría, claro, una recompensa grande.

—Chanel... ¿Leonora Chanel, la...?

El rostro de la joven recobró la postura defensiva, dissociándola de lo que pudiese venir a continuación.

—La señorita Chanel pasa el verano en Lagoon West. A propósito, debo señalar una condición: la señorita Chanel será el tema exclusivo. ¿Me entiende?

A cincuenta metros de distancia, Van Eyck arrastraba su planeador dañado hacia mi coche. Nolan, una caricatura de Cyrano abandonado en el aire, había aterrizado. Petit Manuel cojeaba de un lado para otro, juntando el equipo. En la escasa luz del atardecer parecían una gastada compañía de circo.

—Está bien —dije—. Le entiendo. Pero ¿las nubes, señorita...?

—Lafferty. Beatrice Lafferty. La señorita Chanel proporcionará las nubes.

Anduve alrededor de los coches con el casco, y luego repartí el dinero entre Nolan, Van Eyck y Manuel. Se quedaron allí en la creciente obscuridad, los pocos billetes en la mano, mirando la carretera.

Leonora Chanel bajó de la limusina y echó a andar por el desierto. Su figura de pelo blanco, enfundada en una chaqueta de piel de cobra, se paseó entre las dunas. A su alrededor se levantaban rayas de arena, alborotadas por los movimientos aleatorios de ese ambulante fantasma de la tarde abrasada. Sin prestar atención a los agujones que le rondaban las piernas, observó el bestiario aéreo que se disolvía en el cielo, y la calavera blanca que se había desflechado a casi un kilómetro de distancia, sobre Lagoon West.

La primera vez que la vi, observando a los escultores de nubes de Coral D, no tenía una impresión muy formada sobre Leonora Chanel. Hija de uno de los financistas más importantes del mundo, no sólo había heredado por derecho